

BIBLIOTECA DE NUESTRO MUNDO / LOGOS

VARIOS AUTORES

40 MIRADAS SOBRE EL LIBRO Y SU FUTURO

José Manuel Delgado de Luque
Manuel Suárez González
(Editores)

Prólogo de
Rogelio Blanco



EDICIONES DE LA TORRE

MADRID, 2020

LEER=
+♥♥♥♥



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.

©

De los textos:

Los respectivos autores

De esta edición:

EDICIONES DE LA TORRE

Espronceda, 20 — 28003 Madrid

Tel.: 689 05 01 91

info@edicionesdelatorre.com

www.edicionesdelatorre.com

Primera edición: Enero 2020

ET Index: 647NML49

ISBN: 978-84-7960-833-0

Depósito Legal: M-2430-2020

Impreso en España / *Printed in Spain*

Lavel Industrias Gráficas S.A.

C/ Gran Canaria, 12

28970 Humanes de Madrid

El signo © (*copyright*; derecho de copia) es un símbolo internacional que representa la propiedad de autor y editor y que permite a quien lo ostenta la copia o multiplicación de un original. Por consiguiente, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	19
Textos	49
Gonzalo Alegría: <i>Inte-legere: el libro como éxito vital</i>	52
Antonio María Ávila: <i>Mi vida y los libros</i>	54
Jesús Ayuso: <i>Manifiesto en favor del libro</i>	57
Antonio Basanta Reyes: <i>Del amigo y del amado</i>	60
Josefina Betancor: <i>Memoria de una editora. Taller Ediciones JB</i>	63
Antonio Cánovas del Castillo: <i>Nuestros amigos los libros</i>	66
Miguel Calatayud: <i>Libros y FX</i>	69
Fernando Carratalá: <i>Leo... ¡luego soy!</i>	72
Marina Casado: <i>Palacios submarinos</i>	75
Clara Cortés: <i>Ventanas y conversaciones</i>	78
Gonzalo Crespí de Valldaura: <i>Mi vida entre los libros</i>	81
Mari Carmen Díez Navarro: <i>El perfume de leer</i>	84
Antonio de la Fuente Arjona: <i>El teatro también se lee</i>	87
Concha García: <i>El tacto, el olor y los libros</i>	90
Félix García Moriyón: <i>Elogio de la lectura, elogio del libro</i>	93
José María G. de la Torre: <i>Amadísimos libros</i>	96
Juan Armindo Hernández: <i>La iconografía del Ateneo de Madrid</i> ...	99
Marta Higuera: <i>Leer desde la familia y la escuela</i>	102
José Luis Largo: <i>El silencio de la lectura</i>	105
José Manuel Lucía Megías: <i>Rodeado de libros</i>	108

Emiliano Martínez: <i>Dos experiencias en torno al libro</i>	111
Elena Martínez Blanco: <i>El calor de las páginas de un libro</i>	114
María Asunción Mateo: <i>Una ventana indiscreta</i>	117
Federico Mayor Zaragoza: «Maestra, ayúdame a mirar» (Eduardo Galeano)	120
Juan Mollá: <i>La gran aventura del libro</i>	123
Mirta Núñez Díaz-Balart: <i>Los libros de nuestra vida</i>	126
Enrique Obregón Valverde: <i>El espíritu de las palabras</i>	129
Manuel Obregón: <i>Legado universal</i>	132
Víctor M. Obregón: <i>Un misterio sin igual</i>	135
Andrés París: <i>Como libro caído del cielo</i>	138
Raimundo Pérez-Hernández y Torra: <i>El libro y yo</i>	141
Manuel Rico: <i>Escucho la palabra libro y echo mano a la memoria</i>	144
Antonio Rodríguez Almodóvar: <i>Ser y estar en los libros</i>	147
Amelia Romero: <i>En mi cárcel de papel</i>	150
Joel Franz Rosell: <i>¿Solo 800 palabras para decir qué es, para mí, un libro?</i>	153
Ana Santos Aramburo: <i>La permanencia del conocimiento</i>	156
Felipe Sérvulo: <i>El cementerio de los libros olvidados</i>	159
Eugenio Suárez-Galbán Guerra: <i>Miro mi biblioteca, pasa mi vida</i>	162
Álvaro Torrente: <i>El libro y la música</i>	165
Pere Vicens Rahola: <i>Del plomo a la nube</i>	168
Notas biográficas	171

PRÓLOGO



Quizá la tarea más encomiable de los seres humanos sea la de crear. Un imprescindible vital, pues estos seres llegan a la vida llenos de vacíos. Y la ruta biográfica cargada de vacíos es muy pesada, tedioso soportarla, descendente. Por otra parte, crear es cumplimentar los posibles vacíos en los que se habita; así, la existencia y el deambular por el globo terráqueo, el espacio destinado a estos seres, son más plenos cuanto más capacidad de creación resida en sus poseedores. El ser humano ante la vida se puede conjurar llorando y nutriéndose, padeciendo y atareado, peleando o amando, etc., hasta la cita con la muerte, o creando. Si la elección es la de crear, la apuesta es por vivir, por diseñar un modelo propio y circunstancial, pues vivir en los ámbitos humanos de la creación es luchar, anhelar y resistir, tratar de no ser tangenciales con la *peregrinatio vitae*.

El modo de crear que aquí se alude, pues, es el humano; por lo tanto el alejado y diferente del divino, de este modo y en este caso, se trata de una creación que parte del lodo cultural heredado, del patrimonio secularmente macerado y que discurre por los veneros de la historia; mas nunca, y a diferencia del divino, *ex nihilo*. Ortega y Gasset señala que somos «un pretérito infinito»; un presente continuo, añadido. Crear es una condición que distingue al ser humano cuando se aleja de las ordenanzas genéticas y activa las inquietudes culturales. Las primeras son mecánicas y de ellas la especie humana se ha ido alejando a la vez que enriquecía ya ampliaba las potencias culturales o meméticas como las denomina Richard Dawkins.

El ser humano nace menesteroso, su gran limitación genética, de ahí que ha de ir conformándose de continuo; para esta construcción an-

tropológica que se define y fija en cada momento y caso biográfico, —la ontogénesis—, a la vez que hereda cantidad ingente de barro cultural proveniente de la contribución de los congéneres y sobre este barro su protagonista, el ser humano ha de crear y de construirse cubriendo sus necesidades mientras identifica sus carencias, sus vacíos o la intemperie en la que ha de diseñar su existencia. ¡He aquí la gran riqueza de la especie humana!, que ni perteneciendo al mundo de los dioses y en la totalidad y plenitud infinitas que les caracteriza ni al de los seres animados denominados «los brutos» en el que de modo general el orden genético se impone hasta que lo altera el adiestramiento y ocupando, pues, un lugar intermedio en esta escala a de tres órdenes, ha de ir construyendo su relato histórico con un pasado que se presencia en un presente que a su vez determina el futuro. Heredamos y sobre esta herencia creamos. Constantemente, dice Lord Byron, pisamos el polvo que en su momento fue vida y desde ese material se ha de construir, de crear.

José María Gutiérrez de la Torre, o sencillamente «Delatorre», prontamente asumió la decisión de vivir creando y cumplimentando vacíos propios y ajenos a fin de que la vida le sea más ligera. Tras más de cuatro décadas de trabajo alcanza la proveya edad de octogenario próximo y entregado a la tarea de creador que eligió: editor. Como creador y editor agota sus esfuerzos en la recepción del barro cultural que lo formatea y prolonga y fija en los soportes que la Galaxia de Gutenberg concede. No es fácil resumir el quehacer o la biografía de un creador que lanza un proyecto editorial en 1976, —con cuarenta años ininterrumpidos de presencia en el sector—, Ediciones de la Torre, desde el convencimiento de que «el libro es el mejor medio de comunicación del pensamiento humano». Ciertamente la tarea de editor bien la pudieran justificar los diversos proyectos emprendidos, los catálogos editoriales o los más de seiscientos títulos ofrendados al lector; pero la de creador resulta inasible, pues en su ámbito se acoge la inmaterialidad, la herencia cultural recibida y lo que individualmente se construye y lega en huella de pasado infinito o en polvo cultural que cada vez que remueve es presente continuo, es decir, futuro.

«Delatorre» bien sabe que nacemos en la densidad de la gravidez, el espacio en el que los vacíos y las creencias impiden la liviandad que el caminar vital requiere. Conoce los riesgos de vivir a la intemperie y por ello se compromete en participar en la confección del aislante o abrigo protector necesarios: el libro; un detente frente a la orfandad humana y que secularmente el barro cultural acumulado brinda exponiendo recursos culturales más los que constantemente habilitados permiten para enfrentarse de modo praxiológico al tedio.

Todos los seres humanos disponen de la opción de ser creadores o cocreadores y de acuerdo con sus capacidades, mas la gran ambición es el poder elegir y acertar con el taller que permita desarrollar lo soñado, ya que todo lo que se desea antes se ensueña, y *vivir es anhelar!!* —dice Ortega y Gasset—, y «resistir» —añade María Zambrano—. Así, entre el anhelo y la resistencia se armoniza el escenario apropiado para ejercitarse en la libertad de ser persona, de superar el espacio que se ocupa solo numéricamente y para desarrollar el rol propio, máxime si este es el elegido; si tal es el escenario en el que se configuran y funden persona y personaje bien se puede afirmar que se halla lejos de toda distopía o catopía vital. Se logra humanamente lo ensoñado. En este vaivén entre esperas y sueños se balancea el decurso biográfico con la esperanza de crear y lograr el yo propio y sociable. Somos creadores en gran medida de nuestras vidas, si bien, se itera, condicionada por lo heredado y compartido entre ensueños y también entre frustraciones. Así es el ritmo de la vida en la que palpita cada corazón.

Someramente expresado, creo que este es escenario *grosso modo* compartido; pero para moverse con diligencia en tal hábitat se precisa además de la capacidad de crear la de leer. Leer es recibir contenidos desde y con todas nuestras fuerzas sensoriales e intelectuales; contenidos que llegan a través de señales, signos y símbolos y en todo tipo de soportes y a los que cada agente lector ha de transformar en conocimientos. Leer, pues, fundamentalmente es un acto subjetivo; una acción a la que accedemos con todas nuestras potencialidades físicas y cognitivas y con el lastre cultural ya acumulado; luego cuanto mayor y más rico sea el

acervo cultural y social disponible se incrementan las riquezas que se extraen de los contenidos, se multiplican y enriquecen los conocimientos. En este orden, la lectura también es social toda vez que también somos deudores con nuestros congéneres pretéritos y presentes, ya que en cada hombre está, de alguna manera, toda la humanidad; pues la protección o abrigo alcanzado por nuestra especie es filogenética que cada individuo en su propio ciclo vital disfruta (ontogénesis). Esta es nuestra deuda con nuestro género, luego de algún modo individualmente estamos obligados o comprometidos a devolver, al menos parte, de tanta herencia recibida.

Estamos obligados a leer. Suelo decir que tras el acto de la lectura habitan tres *ces*: contenido, conocimiento y compromiso, quizá haya de añadirse una cuarta: la *ce* de creación, pues toda lectura, si se halla bien ejecutada y de la mano de buen lector, es un proceso de creación tras la aportación que hace o devuelve quien recibe tantas riquezas. De este modo el lector interactúa, se convierte en cocreador respecto de qué, quién o quiénes le entregan tantos contenidos. Se insiste que estos contenidos no solo provienen de las obras elaboradas por los hombres durante su pretérito infinito, la historia. La naturaleza y su variedad también emite abundantes contenidos que han de recibirse, aprehenderlos y aprenderlos, apropiarse y subjetivarlos y finalmente compartirlos. Otro compromiso frente a la casa en la que moramos con sus tierras y mares, montes y árboles, frente a tanta criatura vegetal y animal que comparten con nosotros este pequeño planeta, una canica tonta que no cesa de dar vueltas; planeta con seres y cosas con las que el ser humano con frecuencia no se entiende, se enmaraña. Al decir de la filósofa veleña María Zambrano con harta frecuencia nos enredamos con las casas y las maltratamos y el ser humano ha de vivir sin pesar ni pisar a nada ni a nadie. La apuesta es la de entendernos con todos los moradores de nuestro ecosistema. Este texto se escribe durante el inicio de un otoño seco y caluroso y en espacio, el territorio español, en el que suceden a la vez catástrofes climáticas. Hemos de leer esos contenidos, transformarlos en conocimientos y comprometernos con lo adquirido, aprehenderlos y aprenderlos, y actuar en consecuencia; hemos de comprometernos tras

la elaboración de propuestas de actuación, es decir crear y compartir. Si los árboles de hoja caduca no se desnuda en otoño y se visten en primavera, hemos de leer que algo extraño sucede.

José María, desde sus estudios de Derecho, bien hubiera podido tomar sendas profesionales económicamente más ventajosas. Eligió la actividad editorial: «Ediciones de la Torre», y con absoluta entrega. Si bien desde todos los ámbitos el ser humano puede ser lector, algunos inciden más directamente en la creación y la lectura, por ejemplo el editorial; pues el libro es un soporte prioritario, social e históricamente reconocido como gran depósito de contenidos susceptibles de descender en los brazos de un lector para que sean transformados en conocimientos. Borges equipara y destaca a este objeto que se ha presentado en múltiples formas hasta llegar al vigente paralelepípedo de Gutenberg junto al fuego o la rueda como singularidad revolucionaria en la historia de la Humanidad.

Objeto que actualmente se ofrece en otros formatos pero que no dejan de transportar y ofrecer contenidos; una variedad de formatos que permiten mayor elección al lector y que en este caso, también pudiéramos decir que la apuesta del catálogo de Ediciones de la Torre más bien congenia con Gutenberg que con Bill Gates. No obstante, si recorremos la andadura y propuestas editoriales de José María, sus proyectos y colecciones, la recepción de clásicos y modernos, la incorporación de todos los géneros, llegaríamos a la conclusión que en la sede editorial de la madrileña calle de Espronceda también caben todo tipo de soportes siempre que habiliten riqueza de contenidos al pretendido lector. La brega como lector y editor creador la atestigua la multiplicidad de títulos propuestos por Ediciones de la Torre, el sinnúmero de autores recibidos. Recibir originales y compartirlos pertenecen, de este modo, a la dimensión de quien sabe y conoce que su grandeza reside ahí: en la recepción de textos, de la obra creadora de otros, de acogerla y expandirla, de compartirla.

Próxima a esta capacidad creativa, como se ha señalado, se halla la de editor; también propia de quien recibe contenidos, que procura que favorezcan los conocimientos de los congéneres a fin de que estos los apropien y los compartan bajo la estela del compromiso. Bien es posible

que bajo esta teleología el «dismundo» pudiera ser «eumundo», que el ser humano se acercara a un *locus amoenus* o al menos que frente a un *mundus perversus* se brinde otro *anversus*. El alcance de la lectura comprometida implica empatía y elección para dar cauce a ideas renovadoras y el mantenimiento de cuanto contenido ofrezca razones de diálogo y entendimiento con el próximo. Y este es otro compromiso de José María que claramente manifiesta desde las primeras reflexiones de su libro *35 notas de editor y otros escritos*. Compromiso mantenido desde 1976, año fundacional de la editorial, entre el anhelo y la resistencia.

No es fácil el oficio de editor y máxime si se mueve en espacios alternativos y con ofertas editoriales atrevidas y renovadoras, es decir, ajenas a la recepción de las bondades de la moda y del mercado. Esta opción implica mayor resistencia y tensión, mayor aventura; pero es una elección editorial que más se integra en las vías de la creación y ajena al crisol-hedonismo comercial. De este riesgo bien puede darnos cuenta nuestro editor, ya que arranca su proyecto editorial en los estertores de la dictadura franquista, mas le alcanzan los coletazos, pero era consciente del camino elegido y sus avatares y a sabiendas que no optó por la comodidad ni por las ventajas que ciertas circunstancias pudieran ofrecerle. Incluso en el cambio de las condiciones socio-políticas tras la muerte del dictador, nuestro editor no modifica sus líneas editoriales. «Delatorre» se ha mantenido hasta el final con la línea trazada, elegida y soportada a veces con cierta heroicidad y entre vaivenes. Así, mantiene la apuesta crítica en orden de ofrecer alternativas a la situación socio-política o educativa vigentes. Se trata de una crítica que responde a su sentido originario (gr.: *krínein*: discernir, juzgar, construir) y desde el compromiso señalado como lector-editor: recogiendo contenidos, brindarlos en el paralelepípedo de Gutenberg y posibilitando que se transformen en conocimientos en un acto generoso con sus congéneres o compañeros (*cum-panis*), ya que es un modo de compartir el pan del conocimiento. Incluso quizá en algún momento hasta sea un acto de generoso de misericordia (*miserere-cor-dare*: dar el corazón a quien lo necesita). Pudiera parecer que la razón no habita en el corazón, pero de acuerdo con la

fisionómica expresada en el Levítico, en el corazón se alojan la inteligencia y la memoria, —planteamiento que no descuidan Blaise Pascal, Baruch Spinoza o María Zambrano—; de ahí que por razones cordiales, las de José María Gutiérrez de la Torre, este ha elegido su deambular profesional inteligentemente comprometiéndose con los semejantes; y a nosotros, lectores de sus ofrecimientos, y también desde el corazón, espacio de la memoria, nos reste a-*cor*-dar y re-*cor*-dar hoy y siempre el agradecimiento expresado en este libro coral que sirva de homenaje. Por todo lo recibido, *igaudeamus igitur* José María!

ROGELIO BLANCO

INTRODUCCIÓN



Se recogen en este volumen 40 textos de otras tantas personas de muy diferente edad (de 24 a 92 años), de diversas profesiones relacionadas con el Libro (bibliotecarios, docentes, editores, escritores, ilustradores, periodistas, librerías, distribuidores, traductores, prescriptores y animadores de la lectura...) de diferente origen y condición social, pero todos ellos grandes lectores y amantes convencidos del valor supremo del libro en la Cultura y en la Sociedad. Textos forzosamente breves pero pensados, y sentidos, combinando experiencias personales o profesionales con reflexiones que animarán al lector a contrastarlas con las suyas propias.

Gestación de 40 miradas

Era una tarde fría y lluviosa del mes de noviembre de hace varios años. Estábamos en animada charla tertuliana con amigos en casa de uno de ellos, nuestras inquietudes personales siempre se inclinaban a hablar de escritores y escritos, en fin hablar de libros, era una deliciosa obsesión.

Entre cerveza y cerveza alguien de nosotros se dirigió a José María y le preguntó ¿Cuánto tiempo tiene Ediciones de la Torre? ¿Cuándo la fundaste? Nuestro amigo con su característica forma de expresarse, nos hizo una larga exposición de su juventud, y los motivos que lo llevaron a fundar su editorial.

Habíamos permanecido en un atento silencio durante la disertación de José María y los avatares de una aventura que ha fraguado en un avezado editor de éxito y contumaz lector. La conclusión

más importante fue, que todos fuimos conscientes de que hacía cuarenta años de los inicios.

Qué mejor homenaje para una persona que haber vivido y vivía de y para el Libro, que proponernos editar en su editorial un libro especial que reflejara 40 (los mismos años que cumplía la editorial) experiencias y puntos de vista sobre el libro y su futuro de personas comprometidas con este apasionante mundo de la bibliografía.

De ahí surgió el compromiso de ponernos manos a la obra y preparar este merecido homenaje a un gran amigo que respira aires de libros y que por sus venas hay sangre negra de tinta de editor. Y que por ende se convierta en homenaje a todos los editores que han sido, son y serán.

No ha sido tarea fácil decidir a qué autores nos dirigíamos, ya que cuando comentábamos en reuniones se apuntaban legión de ellos, demostración palpable de la empatía de José María que tenía multitud de amigos dispuestos a participar en el homenaje. Aquí tenemos que pedir disculpas a todos aquellos que han querido estar y no ha sido posible complacerles, solo cuarenta representan los años de Ediciones de la Torre, pero nuestro agradecimiento a todos y considérense representados en las «40 Miradas»

En fin, los dos que firmamos esta introducción nos convertimos en editores y comenzamos un largo caminar para poner en marcha el proyecto, y hemos sentido en nuestras carnes las dificultades esenciales para que te entreguen los originales en las fechas propuestas y hemos comprendido el esfuerzo diario de José María Editor, para publicar a tiempo cada libro durante esos cuarenta años, nos sentimos más próximos a su quehacer habitual.

Con estos 40 textos (que titulamos *miradas*) recogidos en el presente volumen, se pretende, en primer lugar, hacer un homenaje al libro como origen y fundamento de la lectura. Los autores nos ofrecen lo que ha sido y es, lo que ha significado y sigue significando, el libro y, en consecuencia, la lectura en todas las dimensiones de su vida personal, profesional, cultural. Comparten con los lectores estos cuarenta escritos, y lo hacen desde perspectivas, no contrarias, sino complementarias: la educativa y la formativa;

la profesional y la personal; la familiar y la social. Son miradas que salen de su experiencia y trayectoria vital.

En todos los casos, su vida profesional se ha conformado a través de la educación, es decir, en contacto permanente con el libro y la lectura que, de manera reglada y obligatoria, exigían los planes de estudio en la escuela, Instituto o universidad. Sin embargo, sus miradas acentúan mucho más la perspectiva que tiene que ver con la formación, o sea, con aquellas lecturas que fueron transformando su persona en apasionada y irremediable lectora. La formación tiene que ver con la libertad, la voluntariedad, el afecto, la pasión desconcertante e incierta, y no tanto con el deber o la obligación. En consecuencia, los abuelos, los padres, los maestros y profesores han sido guías provocativos y sugerentes de la pasión por la lectura.

En el largo y maravilloso proceso de la evolución humana, en el principio fue el verbo, la palabra, el lenguaje articulado. Después llegó la escritura y su correspondiente lectura. La escritura se conformó en todo tipo de soporte para existir: barro, piedra, madera, papiro, pergamino... Sin embargo, el invento más trascendental, ha sido el papel, y su configuración en el libro actual. Sin duda, es uno de los inventos más importantes que logró la especie humana. Durante bastantes siglos los grupos humanos (todavía existen algunos) fueron ágrafos. La tradición oral fue el único e insuperable medio para transmitir mitos, leyendas, y toda clase de cultura. El salto cualitativo se dio con la escritura y el libro; La escritura (y por tanto el libro) es como una especie de sacramento humano. El libro es el elemento visible y palpable, que contiene y hace posible la existencia de otros innumerables contenidos (significados), que se descubren mediante la lectura. Otros inventos, como la rueda, por ejemplo, han sido muy trascendentales para el progreso de los pueblos. No obstante, algunos conocieron la escritura antes que la rueda.

En pocas palabras, el libro es la fuente, el manantial, y la lectura es el agua que se expande creando un oasis en la mente de la persona lectora. Por muchos camiones cisterna, llenos de agua, que se derramen el desierto, nunca germinará un oasis. Un dimi-

nuto manantial acaba creando un oasis. Lo mismo sucede con la mente humana. Hay que lograr que la cabeza sea una fontana, no un camión-cisterna.

El libro y el lector son las dos caras de una misma moneda. ¿Para qué serviría un libro si no hay personas que lo lean? Escritor-creador y lector-recreador forman una unidad indisoluble. No cabe la existencia de uno sin el otro. Ambos cumplen el oficio de tejedores en un mismo y continuo proceso de trabajo. Uno teje el texto y el otro —el lector— lo desteje; y de alguno modo vuelve a tejerlo, para que él mismo en otra lectura, u otra persona, vuelva a destejerlo. Siri Hustvedt (Premio Princesa de Asturias, 2019) nos dice que: «Los libros se encarnan. Las palabras se entretajan con nuestro cerebro y nuestras vísceras, nuestros gestos y nuestros sentimientos. Los libros nos cambian. Los libros y las ideas pueden ser peligrosos, pueden enfermarnos y enloquecernos, y pueden proporcionar formas de salvación...»

El libro es el árbol y la lectura es el fruto. El libro es el soporte, el medio, y la lectura es la bendición, la gracia y la suerte para alcanzar una nueva dimensión vital. La lectura, sin duda, nos da la capacidad de llegar a conocernos, sino de manera total, al menos mucho mejor. Por supuesto; se puede vivir sin leer —muchos porque no pueden, bastantes porque no saben, y otros porque no quieren— y no por eso, dejan de tener una vida que merece toda la dignidad y el respeto. Como nos recuerda E. Levinas «la vida va más allá del libro, pero supone un paso a través del libro». También se puede vivir sin amar, sin disfrutar con la naturaleza y las personas, sin soñar, sin viajar...en todos estos casos, es mucho lo que se pierde, lo que se prodiga, las oportunidades desaprovechadas que no volverán.

Es fundamental que hayamos de empezar por resumir las ideas matrices o constantes vigorosas de estas miradas, narradas en los cuarenta textos que a continuación se reproducen.

Si se ha de elegir qué características o rasgos son comunes a todos los participantes, sin dudar, es la de lector. Por encima de su estrecha relación personal y profesional con el mundo del libro: escritores, profesores, editores, bibliotecarios, libreros... son ante

todo, y sobre todo, lectores; sublimes aficionados a la lectura. Para ellos, leer constituye la columna vertebral de sus vidas. Personas entregadas y dedicadas en cuerpo y alma por y para la lectura. En cierto sentido, para ellos, leer ha sido y es una forma de existir. «Viven los libros». Nos animan e invitan a «audi legere («atrévete a leer»). No conciben la vida sin leer. Para ellos el libro se convierte en un espejo en que se preguntan muchas cosas. Aunque quienes nos regalan estos textos son personas que escriben mucho y bien, sin duda, todas hacen suyas las palabras de Borges: «que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído». Y estas otras: «El libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres». Miguel de Unamuno nos regaló unas hermosas frases sobre la lectura: «conforme voy entrando en años, busco cada vez más, a través de los escritos con que apaciento mi espíritu, todo lo que haya de bondad en las almas de quienes escribieron».

Hemos decidido recurrir a la figura retórica de pensamiento, denominado *oxímoron*, que nuestros escritores clásicos han fatigado a menudo. Aplicamos el oxímoron al libro y la lectura como unidad inseparable, para sintetizar algunas notas que delimitan otras semejanzas que, de una u otra forma, aparecen en estos textos. El oxímoron no conlleva necesariamente una contradicción en sus términos opuestos. Representa más bien un proceso dialéctico que avanza hacia una síntesis latente, más enriquecedora y completa. En este balanceo entre una y otro término, se corre el peligro de quedarse, en uno de los dos extremos. Por eso el libro y su lectura implican una aventura, que comporta riesgo e incertidumbre. Nunca tendremos seguridad por anticipado de lo que la lectura de un libro puede significar en nuestra vida. Recordemos a don Quijote.

Los autores que nos ofrecen estas miradas, de una u otra manera, nos descubren su encuentro y aventura con los libros leídos. Vaya por delante nuestro más sincero agradecimiento por el regalo que nos hacen con su escritura clara y franca. La gama de aspectos, desde la base de lectores implacables, (son como una especie humana «leguens») complementada con las especialidades profe-

sionales de cada uno, es impresionante. Especial mención hay que hacer a quienes escriben y leen poesía, un género que hay que cuidar con sumo esmero, pues como nos recuerda la poetisa rumana, Ana Blandiana, «la poesía puede salvar el mundo». Bolaños nos recomienda también: «lee a los viejos poetas y no te arrepentirás». En todo caso, la lectura voluntaria, apasionada y desinteresada, es y será siempre una actividad considerada inútil para una gran parte de gente que sólo cree en el utilitarismo y productividad de la acción humana.

El primer oxímoron que, de manera latente o manifiesta, es común a los quienes escribieron los textos recibidos, muestra que el libro y su lectura les han provocado una *pasión sosegada*. (Cabría decir también «quietud inquieta»). En muchos casos, desde su más o menos lejana infancia. No se trata de la lectura obligatoria en los currículos académicos. El lector se mueve, por un lado, entre el frenesí, el vértigo, el arrebato, que toda pasión provoca y, de otro lado, el amor, la dicha, el gozo, el placer de la felicidad. Ya nos decía Montaigne que «es el gozar, no el poseer, lo que nos hace felices».

Se trata de una pasión que exige estar dispuesto a afrontar un desafío, un riesgo, una incertidumbre. No se sabe de antemano adónde nos llevará la aventura de leer un libro. No se hace por obligación. La lectura pasional se mueve en la órbita de la formación y transformación de la persona. Mientras que la lectura obligatoria, es más propia de la educación en los valores y comportamientos cívicos. Para Joan-Carles Mèlich (*La sabiduría de lo incierto. Lectura y condición humana*) con la lectura podemos alcanzar una sabiduría no tan dogmática o inmutable, sino incierta, humilde, la del sabio que «sólo sabe que no sabe nada». También nos recuerda que la lectura ha de ser ética; es una experiencia ética, y no tanto moral, entre otras cosas, porque rompe con muchas normas y valores asentados en la sociedad. Se trata de una pasión, una tensión absorbente, porque conlleva una atracción irreprimible, toda vez que el lector queda como un prisionero voluntario y agradecido. Sucede como con el enamoramiento. También produce ansiedad, Fernando Pessoa afirma que todo libro es un desasosiego.

El libro pasa a ser un amante cercano e inseparable, que encadena, acoge y atiende con una simpatía cuasi infinita. Sin embargo, por otra parte, el libro produce, al mismo tiempo, un sosiego, una paz, y quietud únicas. Ya nos lo decía Tomás de Kempis: «He buscado el sosiego en todas partes, y sólo lo he encontrado sentado en un rincón apartado, con un libro en las manos». La lectura es una pasión sosegada que tiene una característica muy exclusiva y maravillosa: es cada vez más intensa y se queda para siempre.

Otro oxímoron puede ser: el libro y la lectura producen una *enfermedad saludable*. La enfermedad llega a ser incurable, pero no es dañina ni nociva. Se dice que «es al mismo tiempo virus y vacuna». Es una droga, es una adicción beneficiosa y contagiosa. No hace daño ni perjuicio alguno a la persona que la padece. Y promueve un deleite especial e prendedor. Se agrava, a medida que se cumplen años. Habrá ocasiones en que la enfermedad de la lectura pueda devenir en una *cordura loca* o *locura cuerda*, si se nos permite otro oxímoron complementario del anterior.

Al lector le sucede lo que a D. Quijote. ¿Hay mayor locura, por una parte, confundir molinos de viento con gigantes, o un rebaño de ovejas con un ejército de soldados, y por otra, existe mejor cordura cuando declama el insuperable discurso en la defensa de Marcela, el de las armas y las letras, entre otros muchos episodios, que podríamos citar? Tan es así que a algunas personas lectoras llegan al extremo quijotesco, que «de poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio». Sí, nuestro hidalgo perdió el juicio, pero alcanzó algo que no muchas personas consiguen en toda su vida, por muy longeva que sea: «conocerse a sí mismo».

Y don Quijote lo consiguió. Pudo decirle a su vecino Pedro Alonso, de modo claro y definitivo: «yo sé quién soy» «y sé qué puedo ser». Mediante la lectura encontró el sentido, la misión verdadera de su vida. Cervantes, cuando su edad, como la don Quijote, frisaba con los cincuenta años (ancianos para esa época), se encontraba sumido en una depresión muy seria. Baste recordar «el yo y sus circunstancias» personales, familiares, profesionales y sociales por las que discurría la vida de Cervantes. Y trasladó a

la obra su vivir personal. El Quijote es su obra suprema, su yo definitivo. Cuando escribió esta obra se conoció a sí mismo. En ese momento, supo quién era y quién sería para siempre. Por eso el bueno Cervantes se transformó en otro yo (el de Alonso Quijano, el bueno). Baste leer las primeras páginas del libro para percatarse que la vida de nuestro hidalgo era cansina, monótona, tediosa, aburrida en extremo, en una palabra deprimente hasta la desesperación. Sus familiares y amigos aumentaban por días su melancolía, tristeza y depresión (diríamos hoy en día).

Gracias a los cientos de libros de aventuras locas que Cervantes leyó, (muchos más de los que aparecen en el listado de libros que el cura y el barbero quemaron) encontró su destino: escribir una obra inmortal. ¡Oh feliz y bendita locura que mereció tal creador! A los dos la lectura les sirvió para saber quiénes eran, y hacerles salir del pozo sin fondo, donde la depresión los había sumergido. Jorge L. Borges dice que «cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es». Cervantes también nos recuerda que «en algún lugar de un libro hay una frase esperándonos para darte sentido a la existencia». Más arriba decíamos que el libro y la lectura nos ayudarán a conocernos mejor. Quizás puede constituir una terapia eficaz contra una moderna y extendida enfermedad, que responde al nombre de depresión.

Permítasenos reseñar otros dos oxímoron, recogidos del más grande poeta-místico de nuestra literatura, Juan de la Cruz, que podemos aplicar a quienes ponen por escrito sus miradas. Todos coinciden en que el libro y la lectura son como la *música callada y soledad sonora*, para todo buen y agradecido lector. La lectura ha de ser una *música callada* atendida en *soledad sonora*, o no es lectura auténtica. Es imposible leer sin silencio; leer es sentirse en soledad, en intimidad. Ha de conducir a la paz interior, a pesar de la incertidumbre o inquietud que conlleva. Nos exige, de una parte, estar, sentir el silencio expectante, incluso cuando oímos, o recitamos para otros, un poema (o leemos en audio-libro).

Es muy difícil mantener una lectura sin el silencio interior y, a ser posible, exterior. Por otra, nos lleva a escuchar una melodía,

que admite toda clase de singularidades musicales. Los personajes de una novela, de un cuento, de una biografía.... nos cantan, unas veces, como solistas que nos embelesan con sus arias; otras, las más, conforman un grupo (cuarteto, ochote, coro múltiple) que nos deleita con sinfonías de sonidos inimaginables. Es la soledad y sonoridad como la que se encuentra en los claros de los bosques más frondosos, que se buscan y no siempre se encuentran; donde podemos compaginar, de manera sutil y bella, la más absoluta soledad con la variedad de eufonías, que nos regalan los pájaros, el viento que juega con las hojas o los arroyos rumorosos.

Pasión sosegada, enfermedad saludable, locura cuerda, música callada y soledad sonora. Todo esto y mucho más, con variados matices, es lo que significa el libro y la lectura para estas 40 personas.

¿Qué vaticinio se atreven a dar sobre el futuro del libro en soporte papel? ¿Qué dicen quienes nos hicieron el favor de poner por escrito su pensar y sentir en estos textos? El libro, como dice Mèlich no es un objeto, es un cosa especial, él la llama «matérical». Los libros dejan huella, es como una prolongación del yo. No son seres vivos, pero se pregunta con» Canetti en *Auto de fe*: ¿podemos estar seguro de que son insensibles?». En cierto sentido, cabría interpretar la frase de Plinio: «las almas inmortales hablan en las bibliotecas». Alguien ha dicho que «el libro es el único cuerpo inerte que posee alma».

Creemos que es apropiado expresarlo en una afortunada frase: «en vez de, además de», es decir en vez del libro papel, además el electrónico, digital, el audio libro, etc. Hay que procurar que éstos sean complementarios. Estos nuevos instrumentos, suponen, en determinadas situaciones, un mayor mejoramiento y acicate para seguir amando y leyendo el libro de toda la vida. Todos los autores de estos textos, que encarnan los sectores más importantes del mundo del libro: escritores, profesores, librereros, editores, bibliotecarios y, por encima de todo, lectores, son optimistas, sobre el futuro del libro editado en soporte papel. Prevén una larga vida para el libro. Todos creen y esperan que los medios y soportes modernos refuercen y promuevan nuevos y apasionados aficionados.

De la misma manera que la televisión no anuló las emisiones de radio, y éstas, a su vez no terminaron con la prensa escrita, antes por contra, en buena forma y medida las reforzaron. Así esperan que suceda con el libro: saldrá fortalecido y recuperado de la presente crisis. Se trata de la crisis de un novísimo crecimiento.

Es previsible que el libro papel, tal como se ha extendido en estos 500 años, tendrá vida, pero con algunos cambios importantes. Nadie de los que escriben canta el réquiem por el libro, pese a que el cierre de pequeñas editoriales y librerías produce escalofríos. Es probable que disminuya la venta y compra de libros para formar bibliotecas privadas. Las personas particulares y familias comprarán menos libros, aunque más seleccionados: aquellos que más les gustan, que más necesitan para su desarrollo profesional (especializados), los que conformen su afición cultural. Pero ¿acaso no es más que conveniente y necesario, que crezca exponencialmente el número de bibliotecas en las miles y miles de aulas de los centros de enseñanza primaria, secundaria y universitaria? ¿No es conveniente y necesario que se creen bibliotecas en todos los pueblos y ciudades del país, para que el acceso a la lectura sea gratuito y fácil? Las editoriales tendrían más trabajo y demanda que en la actualidad. Toda esta floración de bibliotecas de Babel (y de papel) no es incompatible con la existencia y propagación del libro electrónico y otros instrumentos digitales. Estos, dadas su comodidad y economía, fomentarán la lectura en circunstancias especiales: viajes, imposibilidad de tener a mano el libro que se necesita, facilidad para las personas mayores, y mil y una situaciones que se dan la vida diaria.

No renunciamos a la ocasión de decir unas palabras acerca de los libros usados, o impropriamente llamados, de segunda mano; pues, por suerte, suelen pasar por muchas manos. En primer lugar, hay que recordar que todos los libros de cualquier biblioteca son de segunda, y en la mayoría de los casos, por fortuna, de numerosas manos, (mala señal encontrar libros sin usar, pues no tendría sentido mantenerlos en una biblioteca para el público). En segundo lugar, los libros usados no deben cargar con la culpa de que no se compren libros nuevos. Ya que ayudan a fo-

mentar la lectura, y más de un lector comprará el nuevo, porque ha sido para él un descubrimiento luminoso. Y en otros muchos casos, nunca los leería, dadas sus posibilidades económicas para comprarlos.

Hay una tercera razón para que no decaiga la lectura de los libros «usados». Estos pasan a ser como los antiguos *palimpsestos* (si se raspa, sirve para descubrir y escribir un nuevo texto). Todo libro conserva las huellas de cada lector; pues éste lo reescribe de alguna manera. No sólo deja su huella digital cuando pasa las páginas. Nos une a su pasado, que transforma en el presente. Se trata de una nueva escritura, puesto que recrea los pensamientos, sentimientos... que ni el mismo escritor imaginó siquiera. Además, si el libro usado presenta subrayados, comentarios al margen o a pie de página, entrecorridos o cualquier otro signo gráfico, entonces encontraremos un palimpsesto de verdad. Tendremos la posibilidad de «raspar», es decir, buscar la huella que dejó no sólo el autor, sino cada lector. Podremos preguntarnos el porqué de tal comentario o subrayado, ver si hay coincidencia y o no con lo que nosotros descubrimos. En una palabra, las recreaciones originadas por las nuevas lecturas enriquecen y dan un sentido más cabal y completo del texto original.

Y antes de pasar a apuntar, con brevedad, a modo de aperitivo, algunos pensares y sentires de estos 40 textos, permítasenos incidir sobre tres aspectos, a modo de recomendaciones que, de manera más o menos manifiesta, se recogen con la lectura de sus reflexiones.

Una es la importancia de leer libros clásicos. A muchos lectores el encuentro con algún clásico les ha cambiado la vida personal, e incluso la profesional. Libros que cada cual considera inevitables, que vuelves a ellos una y otra vez. Aquellos que, según una de las muchas definiciones que nos brinda Ítalo Calvino, «nunca acaban de decir lo que tienen que decir». Y que María Zambrano los denomina textos «venerables»; ante los que el lector siente que nunca termina su lectura. También Franz Kafka sugiere a un amigo que «debería leer libros más antiguos. A los clásicos. A Goethe. Lo antiguo vuelve hacia el exterior su valor más íntimo: perdura». En

otro texto nos recuerda que «el libro debe ser el hacha que quiebre el mar helado que tenemos dentro».

Nietzsche nos ofrece otra consideración interesante: no basta con leer, hay que descifrar lo que se lee, para interpretarlo, y esto es un arte, «que necesita una cosa que precisamente hoy en día la más olvidada...una cosa para la cual se ha de ser casi una vaca y, en todo caso, no hombre moderno, *el rumiar*». O dicho de otro modo, leer sin pensar es como comer sin digerir. Sin lectura no hay pensamiento. Es importante releer, para en la memoria se quede destilada la esencia del pensamiento. Pide también, en varias ocasiones, que lean sus escritos lentamente, sin prisas. Si bien esta recomendación la daba para el que quisiera leer sus libros, juzgamos que vale la pena tenerla presente ante la lectura de cualquier libro.

La tercera tiene que ver con «las maneras de leer». Para la lectura hay que prepararse como para recibir un sacramento. Exige el cumplimiento de un ritual y una liturgia. No vale leer de cualquier manera, a «lo loco». Lo primero que caiga en mis manos. Los libros de los famosos, no por ser escritores, sino por destacar en otros campos: artistas, deportistas, políticos... Leer sólo los libros que se venden, previas costosas campañas publicitarias. Es necesario antes de empezar a leer, ver, tocar, oler, oír —si cabe la música callada que contiene todo libro—; a ser posible, anticipar la vida soñada que late en las venas ocultas de sus páginas. El libro tiene una corporeidad especial que lo hace distinto a lo que llamamos objeto. Y eso no se logra, con el libro electrónico, ni con la lectura en internet. Las visitas pausadas, en soledad y con respeto, a las librerías, bibliotecas, exposiciones, presentaciones de libros, etc. son imprescindibles. También requiere un espacio, atmósfera y tiempo adecuados («el rincón» de Kempis, o «el cuarto propio» de V. Woolf).

Encontraremos otras muchas sugerencias muy beneficiosas, a medida que entremos de lleno y a fondo en la lectura de esta 40 miradas.